

CONSTRUYENDO LA ANTIGÜEDAD

Actas del III Congreso Internacional
de Jóvenes Investigadores
del Mundo Antiguo
(CIJIMA III)

José J. Martínez García - Lucía García Carreras
Dámaris López Muñoz - Consuelo I. Caravaca Guerrero
Celso M. Sánchez Mondéjar - Carlos Molina Valero
María Andrés Nicolás - Pedro D. Conesa Navarro
(Coords.)



cepoAt

CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA
UNIVERSIDAD DE MURCIA

CIJIMA III

III Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Mundo Antiguo
(7 y 8 de abril de 2016)
www.um.es/cepoat/cijima

© De los artículos: los autores

© De esta edición: Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía

COMITÉ ORGANIZADOR:

Rafael González Fernández (Universidad de Murcia)
Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia)
José Javier Martínez García (Universidad de Murcia)
Pedro David Conesa Navarro (Universidad de Murcia)
José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

COMITÉ CIENTÍFICO:

Alejandro Egea Vivancos (Universidad de Murcia)
Laura Arias Ferrer (Universidad de Murcia)
José Miguel García Cano (Universidad de Murcia)
José Miguel Noguera Celdrán (Universidad de Murcia)
Nuria Castellano Solé (Universidad de Barcelona)
Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante)
Carlos Molina Valero (Universidad Complutense de Madrid)
Celso Sánchez Mondéjar (Universidad de Murcia)
Josep Padró i Parcerisa (Universidad de Barcelona)
Helena Jiménez Vialás (Université de Toulouse)
Fernando Prados Martínez (Universidad de Alicante)

CONSTRUYENDO LA ANTIGÜEDAD

Actas del III Congreso Internacional
de Jóvenes Investigadores
del Mundo Antiguo
(CIJIMA III)

José J. Martínez García - Lucía García Carreras
Dámaris López Muñoz - Consuelo I. Caravaca Guerrero
Celso M. Sánchez Mondéjar - Carlos Molina Valero
María Andrés Nicolás - Pedro D. Conesa Navarro
(Coords.)

**CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA
UNIVERSIDAD DE MURCIA**

CIJIMA III

2016

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Durante los primeros doce meses, ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía
C/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.
Tlf: +34 868883890
Correo electrónico: cepoat@um.es
URL: <http://www.um.es/cepoat/cijima>

Portada: *Opus reticulatum* en Ostia Antica (Italia, 2007). Fuente: CEPOAT.
I.S.B.N.: 978-84-931372-5-0
Año publicación: 2017
Depósito Legal: MU 551-2017
Maquetación: José Javier Martínez, Lucía García Carreras
Edición y Fotocomposición: CEPOAT

INDICE:

Prólogo

Helena Jiménez Vialás 9

PRÓXIMO ORIENTE Y EGIPTO

La ruptura de Amarna: hechos, teorías, causas y consecuencias

Iria Souto Castro 13

Las capillas de la barca de Amón en el Antiguo Egipto

Irene Sáenz Blázquez 55

Preámbulo sobre el estudio iconográfico de diferentes divinidades y entes mitológicos serpentiformes en el antiguo egipto

Marta Arranz Cárcamo 83

La concepción de los niños tras la muerte en el Antiguo Egipto

Laura Burgos Bernal y Jessica Mogollón Montaña 101

La colección de amuletos egipcios de la familia matthews-beyens. estudio preliminar

Olga Navarro-Cía 123

Tendencias historiográficas y perspectivas actuales para el estudio de las relaciones interculturales en el próximo oriente antiguo

Juan Álvarez García 157

GRECIA

Dinámica e interacción entre los primeros reyes Mérmnadas y las poblaciones griegas de la península de Anatolia.

Alessia Facchin Díaz 191

De la música oriental a las prácticas musicales de la Grecia Arcaica

Luis Calero Rodríguez 217

La pederastia institucionalizada en la sociedad espartana

Unai Iriarte Asarta 233

Las representaciones femeninas aladas y el fin de las tiranías en la moneda griega de Sicilia: análisis comparativo iconográfico.

José Miguel Puebla Morón 249

PENÍNSULA IBÉRICA PRERROMANA

Los kalathoi ibéricos: funcionalidad, contenido y simbolismo. el ejemplo de la cesetania

David Camuña Pardo 263

El tesoro de el carambolo (camas,sevilla):viejas y nuevas teorías de un conjunto clave en la materialización de la cultura tartésica

Pedro Miguel Naranjo 289

ROMA

Culto imperial en las capitales provinciales altoimperiales de hispania

Dámaris López Muñoz 319

TURRIS CAEPIONIS, antiguo faro de Chipiona. Ubicación y visibilidad desde la costa en época romana

M^a Soledad Gómez Muñoz 353

Los ajuares egipcios en las necrópolis de la Hispania romana. ¿Importación o reutilización?

Carmen Muñoz Pérez 381

La influencia del pensamiento griego en la actividad política de Tiberio Graco

Juan García González 415

Antecedentes del conflicto cristiano-pagano antes del siglo IV d.C.

Marina Murillo Sánchez 453

Apocalíptica y fin del mundo en el cristianismo primitivo: el anticristo en comodiano y victorino de petovio

Jorge Cuesta Fernández 483

Juicios para una nueva era. Las valoraciones de Orosio sobre los emperadores perseguidores de los cristianos.

Antonio José Meseguer Gil 509

Los bárbaros a las puertas de las ciudades: el engaño como método de conquista a través de la crónica de hidacio de chaves (s. V)

Benito Márquez Castro 521

APOCALÍPTICA Y FIN DEL MUNDO EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO: EL ANTICRISTO EN COMODIANO Y VICTORINO DE PETOVIO

Jorge Cuesta Fernández
Universidad de Murcia

RESUMEN

Comodiano y Victorino de Petovio proporcionaron diversas descripciones sobre la identidad y la actividad del antagonista para los cristianos y característico del fin de los tiempos: el Anticristo. Comodiano lo hizo a través de sus dos obras: su *Carmen apologeticum* y sus *Instruktionen*. Victorino de Petovio, por su parte, mediante su *Commentarius in Apocalypsin*, la exégesis latina más antigua sobre el último libro bíblico del Nuevo Testamento. En sus “teologías sobre el Anticristo”, las obras de ambos han aportado conceptos convergentes, pero a la vez ideas discordantes. El objetivo de la presente investigación es el estudio de su visión sobre los acontecimientos del fin del mundo y sobre el Anticristo para resaltar las semejanzas y diferencias de una realidad que consideraban inminente, próxima a suceder y en la que el recuerdo histórico de Nerón como perseguidor de los cristianos constituyó una pieza fundamental.

Palabras clave: Anticristo, Comodiano, Victorino de Petovio, Nerón, *Nero redivivus*.

ABSTRACT

Commodian and Victorinus of Pettau proportioned various descriptions about the identity and the activity of the antagonist for the Christians of the end times: the Antichrist. Commodian did through his two works: his *Carmen apologeticum* and *Instruktionen*. Victorinus of Pettau, meanwhile, through his *Commentarius in Apocalypsin*, the oldest Latin exegesis about the last biblical book of the New Testament. In their “theologies about the Antichrist”, the works of them have provided converging concepts but also discordant ideas. The aim of this research is the study of their views about the events of the end of the world and the Antichrist to highlight the similarities and differences of a reality that they considered imminent, next or close to happen where the historical memory of Nero as a persecutor of Christians constituted a fundamental part.

Keywords: Antichrist, Commodian, Victorinus of Pettau, Nero, *Nero redivivus*.

LA APARICIÓN DEL ANTICRISTO EN LA LITERATURA CRISTIANA DE LAS *EPÍSTOLAS DE JUAN* A CRIPRIANO DE CARTAGO

EL ANTICRISTO EN LAS CARTAS DE *JUAN*

El uso del término griego *antichristos* se ha localizado por primera vez en las conocidas como *Epístolas de Juan*. Un término que, según Brown, fue creado por los cristianos de la provincia romana de Asia o bien por los emigrantes sirios a la mencionada provincia, previamente educados en la doctrina escatológica paulina sobre la futura existencia de un soberano malévolo a nivel mundial (cf. Brown, 1970, p. 333; Cerrato, 2002, pp. 225-226). En la primera de las cartas, el autor neotestamentario explica que los “anticristos” son todos aquellos individuos que no pertenecen a Dios y que no están vinculados a él. (1 *Juan*. 2, 18a-19b; 22,4; 3). En la segunda, señala como “anticristos” a quienes no confiesan abierta o públicamente que Cristo es la encarnación de Dios comportándose estos individuos, por el contrario, como “seductores” con tal de atraer a las gentes para que asimilen y profesen sus doctrinas erróneas (2 *Juan*. 7; cf. Norelli, 2013, pp. 19-34).

LA PRIMERA REFLEXIÓN TEOLÓGICA SISTEMÁTICA SOBRE EL ANTICRISTO: IRENEO DE LYON

No sería hasta la segunda mitad del siglo II cuando, en la producción literaria de la patrística de la época, se localizan las primeras reflexiones teológicas, complejas y profundas, acerca de la figura del Anticristo. Pionero en esta labor fue Ireneo de Lyon a través de su *Adversus haereses*. Obra en la que trató, entre otras cuestiones, el significado del “Número o Marca de la Bestia” presente en el *Apocalipsis*: es decir, el 666 (cf. *Apocalipsis*. 13, 18, Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, V, 30, 1). Para el obispo de Lugdunum, la cira asignada a la Bestia del Mar representaría la recapitulación de toda la apostasía acontecida a lo largo de la historia, desde sus comienzos, incluyendo también la existente en los tiempos intermedios y aquella que deberá hacer acto de presencia coincidiendo con el fin del mundo (*Adversus haereses* V, 30, 1). Precisamente, sería en la consumación de los tiempos cuando el Anticristo sería el máximo y principal protagonista, es decir, aquel que encarnaría no solo la susodicha y mencionada recapitulación del mal sino también constituiría la piedra angular de lo que bien podría denominarse como la “teología anticristológica” de Ireneo a partir de la cual le resultó factible poder establecer un paralelismo con la figura de Cristo. Tomando como punto de partida el pensamiento teológico (o, mejor dicho, “cristológico”) de Ireneo de Lyon, si Jesús con su llegada y presencia entre los hombres también contribuyó a recapitular todo el bien desde el principio de los tiempos, al encarnarse en él mismo la Palabra de Dios, el Anticristo

tendría que aparecer del mismo o semejante modo pero actuar en sentido opuesto (*Adversus haereses* V, 28, 22).

Otro aspecto novedoso, abordado también por Ireneo, fue el tema de la procedencia étnico-religiosa del Anticristo. Para el célebre obispo y teólogo, el adversario escatológico por antonomasia de los primeros cristianos procedería de una de las doce tribus de Israel: la de Dan (cf. Hill, 1995, pp. 102-103). Bernard McGinn descartó rotundamente que el autor patrístico barajase como posibilidad que el Anticristo pudiera tratarse, en realidad, de un *Nero redivivus*. Dicha hipótesis resultaría ser, a todos los efectos, no solo coherente sino también viable al situar el autor patrístico el origen del Anticristo en una de las tribus que aparecen mencionadas en el primer libro del Antiguo Testamento, concretamente en el *Génesis* (35,25). De este modo, el famoso teólogo de finales del siglo II se habría mostrado más bien próximo o cercano a vincularse a una tendencia (que acabaría convirtiéndose en tradición en los autores patrísticos posteriores, incluyendo tanto a Comodiano como a Victorino de Petovio) construida y orientada a imaginar y concebir al Anticristo como una especie de “antimesías”, fijando otro paralelismo con Cristo, al asignarle así un origen judío y no romano, pudiéndose confirmar, en la medida de lo posible, que Ireneo jamás contempló como posibilidad cercana que la venida futura del Anticristo se produjera adoptando éste último la apariencia de un emperador romano como Nerón (McGinn, 1994, p. 75).

Con el fin de demostrar que el Anticristo sería un judío procedente de la tribu de Dan, Ireneo se apoyó en un pasaje de *Jeremías*, justificando de este modo que la tribu citada no estaría entre las escogidas para convertirse en objeto de la salvación otorgada por Dios a quienes son merecedores de ella (*Jeremías*. 8, 16; *Adversus haereses* V, 30, 2). Resultaría visible semejante aspecto como consecuencia de la información expuesta por el propio Ireneo, quien se apoyó tanto en tradiciones judías como en cristianas. Pero, sobre todo, y lo más importante, utilizó fragmentos escogidos deliberadamente y a su vez versados sobre el rol y la importancia de la tribu de Dan, pudiendo ser posible para Ireneo una exposición sólida de sus planteamientos teológicos sobre el Anticristo (*Génesis* 49, 17; *Levítico* 24, pp. 10-11; *Deuteronomio* 33, 22; *1 Reyes* 12, p. 29; *Jueces* 18, pp. 11-31; *Jeremías*. 8, pp. 16-17). Para Ireneo de Lyon, no habría duda alguna de que los judíos no solo reconocerían sino que también admitirían al Anticristo como a su legítimo soberano. Una futura e inminente actitud de sumisión la vio profetizada el famoso teólogo en la polémica parábola neotestamentaria sobre “el juez injusto y la viuda” (*Lucas* 18, pp. 2-5). Como ya se ha podido explicar con anterioridad, el diabólico impostor, representado por el Anticristo, recapitularía o condensaría en sí mismo seis mil años de maldad o rebelión humana como parte de la comprensión mística del simbólico número vinculado a la Bestia del Mar (*Adversus haereses* V, 29, 2).

Sobre el tiempo en el que transcurriría el reinado del Anticristo, Ireneo calculó un período de tres años y medio (*Adversus haereses* V, 25, 3-4). A esta conclusión llegó

tras haber relacionado pasajes procedentes tanto del *Apocalipsis* de Juan como del comienzo del capítulo dos de la 2 *Tesalonicenses* (*Adversus haereses* V, 25, 3). Los tres años y medio, en los que tendría lugar el dominio político y militar del Anticristo, se corresponderían con un período específico de tiempo durante el cual la malvada figura causaría estragos sobre la tierra (*Adversus haereses* V, 30, 4; Cerrato, 2002, p. 242). Para el célebre teólogo no solo el comienzo del fin sino también la aparición del Anticristo tendrían lugar siempre y cuando se cumpliera una condición indispensable: que antes se produjera la caída del Imperio romano y la absoluta desaparición de su dominio alrededor del mundo (*Adversus haereses* V, 25). Le fue posible llegar a esta conclusión mediante una compleja y teológica relación establecida entre el pasaje o fragmento paulino procedente de la segunda epístola a los *Tesalonicenses* sobre el “hijo de la perdición” (2 *Tesalonicenses* 2, pp. 3-12) y las secciones versadas sobre la bestia con diez cuernos presente en *Daniel* (*Daniel* 7,7 y ss.); sobre la cuestión tratada en el Evangelio de Mateo sobre la “gran tribulación” (*Mateo* 24) y sobre la Bestia del Mar (*Apocalipsis* 13; *Adversus haereses* V, 25, 3). Ireneo identificó Roma con el cuarto reino y, por consiguiente, con la cuarta bestia mencionada en *Daniel* así como con la Bestia escarlata presente en el último libro del Nuevo Testamento (*Apocalipsis* 13). Con la llegada del fin del mundo, y el inminente advenimiento del Anticristo, el vasto territorio controlado por los romanos caería en manos de diez reyes (*Adversus haereses* V, 26, 1). Por lo tanto, el Anticristo (también calificado como el “hijo de la perdición” y el “cuerno pequeño”) surgiría de los monarcas, habiendo el obispo previamente identificado Roma con “la fuerza que retiene o impide la actuación del misterio de iniquidad” (*Adversus haereses* V, 25 haciendo una alusión bíblica a 2 *Tesalonicenses* 2, 7). Una vez desaparecida Roma, y habiendo hecho acto de presencia el Anticristo, su reinado estaría marcado por la destrucción de tres de los reyes (de un total de diez) que se habrían hecho con el control del antiguo Imperio romano, concretamente los reyes de Egipto, Libia y Etiopía (*Adversus haereses* V, 26, 1). El gran objetivo del Anticristo sería conseguir que se le adorase como a un dios, pudiendo alcanzar su propósito tomando el control del Templo de Jerusalén y ocupando el lugar que le corresponde a la divinidad, recibiendo el poder transferido por los siete reyes supervivientes (*Adversus haereses* V, 25, 4).

Retomando la cuestión de la nueva persecución desencadenada contra los cristianos, ésta estaría motivada por la resistencia manifestada por las propias comunidades eclesíásticas y especialmente por su rechazo a venerar al Anticristo como a un ser divino, lo que provocaría que cayese sobre ellas una “opresión sistemática” (Cerrato, 2002, p. 244). A Ireneo de Lyon no le tembló el pulso a la hora de conectar la persecución del pueblo judío con la parábola ya mencionada sobre el “juez injusto y la viuda”. La viuda representaría al pueblo judío y el magistrado injusto al Anticristo, siendo la intención de éste último la de vengarse de los cristianos. El autor patristico también tuvo palabras para tratar sobre las consecuencias de la futura persecución: el exilio de la Iglesia o bien la

existencia clandestina de ésta mientras estuviese vigente el reinado y la represión de los cristianos por parte del Enemigo Final (*Adversus haereses* V, 26, 1).

EL ESTUDIO SOBRE EL ANTICRISTO A PARTIR DE LAS FUENTES BÍBLICAS DEL ANTIGUO Y DEL NUEVO TESTAMENTO: HIPÓLITO DE ROMA

El siguiente autor en tratar la cuestión del Anticristo fue Hipólito de Roma. El presbítero, testigo ocular de las primeras décadas del siglo III así como de la situación de la comunidad cristiana de Roma, reflexionó largo y tendido sobre dicha figura en dos de sus obras. Por un lado, en su *Commentarius in Daniele*. Por otro lado, en su tratado sobre el Anticristo (*De antichristo*, compuesto hacia el año 202 y dirigido a un individuo de nombre Teófilo) a través del cual intentó calmar las inquietudes apocalípticas de los cristianos como consecuencia del estallido de episodios violentos contra ellos en varias ciudades del Imperio romano y siendo plenamente consciente de que muchos de sus correligionarios y contemporáneos a su persona señalaron a Roma como el Imperio gobernado por el Anticristo (Fuentes Hinojo, 2009, p. 83). En dicha fuente, Hipólito distinguió seis rasgos característicos por los que concluyó que el Anticristo sería una imitación perversa o diabólica de Cristo: 1) Procedería del judaísmo; 2) contaría con la inestimable ayuda de una serie de individuos a los que el autor patrístico catalogó como “apóstoles” y a quienes encargaría la importante tarea de enviarles a difundir su palabra, emulando el gesto de Cristo poco antes de ascender a los cielos (Mateo 28, pp. 16-20; Marcos 16, pp. 15-20; Lucas 24, pp. 50-53; Hechos 1, pp. 3-14); 3) el Anticristo se encargaría personalmente de congregar al pueblo judío, desperdigado como consecuencia de las dos revueltas emprendidas por los judíos contra Roma (66-72; 132-135 d.C.); 4) marcaría a sus seguidores; 5) adoptaría la forma de un hombre común y, por último, 6) tomaría la iniciativa en levantar de nuevo el Templo de Jerusalén (*De antichristo* 27). Otro detalle importante, en el pensamiento teológico de Hipólito sobre el Anticristo, fue su convencimiento a la hora de rechazar por completo la identificación de último con Satán o Satanás, optando por concebirlo ideológicamente como su “encarnación” (cf. Lorein, 2003, p. 38).

Por otro lado, Hipólito afirmó que antes de que se produjera el advenimiento del Anticristo el Imperio romano debía sumergirse en un galopante proceso de decadencia que lo llevase posteriormente a desmoronarse y caer para después fragmentarse en diez reinos independientes (*De antichristo* 27). Para el presbítero romano, el Imperio romano jamás representaría al futuro reino del Anticristo, constituyendo en cambio una etapa previa, es decir, un período cronológicamente anterior al devastador acontecimiento que aún estaba por llegar y, por consiguiente, anterior al suceso anhelado por todos los cristianos: la Segunda Venida o *Parusía* protagonizada por Cristo (Dunbar, 1983, pp. 313-327). Las criaturas que actúan como antagonistas del *Apocalipsis* de Juan, la Bestia del Mar (*Apocalipsis*. 13, 1-10 *et alii.*) y la Bestia de la Tierra, se convirtieron en objeto

de interpretación bíblica por parte de Hipólito. Ambas fueron identificadas con el Imperio romano y el reino del Anticristo respectivamente. Los dos cuernos semejantes a los de un carnero (pertenecientes a la Bestia de la Tierra) simbolizarían para el autor patristico no solo al Anticristo sino también al falso profeta (*De antichristo* p. 49). Prosiguiendo con la explicación exegético-teológica sobre las acciones futuras protagonizadas por el Anticristo, precisamente sería éste último aquel a quien le sería confiada la misión de sanar completamente la herida mortal sobre una de las siete cabezas de la Bestia del Mar (*Apocalipsis*. 13, p. 3). Este gesto representaría la futura reconstrucción de un Imperio romano cincelado por las manos del Anticristo y la consecuente represión de todos los cristianos que habitarían en él y que cometiesen el delito (a ojos del “nuevo emperador”) de negarse a venerar y prestar culto a la imagen correspondiente a la primera de las dos bestias apocalípticas. Dicho de otro modo, a los cristianos que rehusasen adorar como a un dios a la Bestia del Mar.

En ninguno de sus escritos, en los que habló sobre el Anticristo, existe la posibilidad de encontrar palabras, ideas o argumentos con los que pudiera verificarse que Hipólito hubiese concebido ideológicamente al Anticristo como a un “Nerón resucitado” o *Nero redivivus* (McGinn, 1994, p. 77). Como consecuencia de haber consultado preferentemente el libro veterotestamentario de *Daniel*, Hipólito de Roma recurrió también a otra figura característica de los escritos calificados como “apocalípticos” presentes tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento: la “abominación de la desolación” (*Daniel* 9, p. 27; 1 Macabeos 1, pp. 57-62; 2 Macabeos 6, pp. 2-5; Mateo 24, p. 15). El autor cristiano identificó al monarca helenístico Antíoco IV Epifanes (responsable de la revuelta encabezada por los hermanos Macabeos) con la criatura a la que llamó “abominación de la destrucción” mientras que la “abominación de la desolación”, desde su punto de vista, representaría al Anticristo (*Comentario a Daniel* 4, p. 54). De igual modo que Ireneo de Lyon, Hipólito de Roma también afirmó que el Anticristo sería un ser humano procedente de la tribu judía de Dan (*De antichristo* 15, 57; Hill, 1995, pp. 104-106). Un tema tratado en la teología de Comodiano y Victorino de Petovio sobre el Anticristo, tal y como podrá contemplarse a continuación, fue abordado anteriormente por Hipólito de Roma: la identificación de los dos testigos del *Apocalipsis de Juan* con Enoc y Elías (*De antichristo* 43, pp. 46-47; *Commentarius in Danielem* IV, 35, 3). Su llegada se correspondería, según el presbítero romano, con la época precedente o anterior a la “gran persecución” de la Iglesia emprendida por el Anticristo. Los personajes del Antiguo Testamento personificarían a los “precursores” de la *Parusía* o *Segunda Venida* de Cristo, obrando por medio de signos y maravillas para, de este modo, incitar a las gentes al arrepentimiento (*De antichristo* 46).

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO A PARTIR DE LOS ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS: CIPRIANO DE CARTAGO

Para poder finalizar la presente introducción y emprender la investigación del concepto de Anticristo en Comodiano y Victorino de Petovio, el último autor patrístico en tratar sobre el adversario escatológico, a mediados del siglo III, fue Cipriano de Cartago. A través de sus *Epistolae*, puede observarse como el Anticristo desempeñaría un papel determinante en el pensamiento apocalíptico de la autoridad episcopal norteafricana. En la carta dirigida a los cristianos de la comunidad de Tíbaris (numerada la epístola como la cincuenta y ocho) expresó su convencimiento de que una persecución estaba a punto de producirse (es decir, que estuviese cercano el tiempo de su desencadenamiento o arranque), un acontecimiento que para Cipriano significó que el fin del mundo estaría próximo, situación de angustia que aprovechó para dirigirse a sus correligionarios con el fin de rogarles que no cometiesen el error de obsesionarse con todo aquello que debía suceder en un futuro, sino que pensasen encarecidamente en concentrarse al máximo en hacerse con la corona del martirio. Añadió que las persecuciones, que aún estaban por suceder, no tendrían ni punto de comparación con aquellas que los cristianos habían soportado hasta la fecha (*Epistolae* 58, 1-2). Prosigue dando a conocer su propósito de exhortar a los cristianos residentes en Tíbaris a no dejarse amedrentar por las terribles y negativas consecuencias de una persecución anticristiana que estaba aún por suceder ni tampoco por el inminente y peligroso advenimiento del Anticristo, alentándolos especialmente a saber que, aunque el Enemigo Final o Adversario Escatológico se convirtiese en una realidad de carne y hueso, la victoria para los cristianos estaría mucho más cerca de lo que ellos pudiesen llegar a imaginar porque, aunque el adversario tenía que aparecer, luego vendría y triunfaría Cristo (*Epistolae* 58, 1-2).

En otra de sus cartas, Cipriano expresó su convencimiento en que la fe cristiana no podía desfallecer ni tampoco rendirse ante la idea de la proximidad o inminente advenimiento del Anticristo, considerando el obispo a éste último como un individuo incapaz de adentrarse en el seno de la Iglesia (*Epistolae* 13, 4. 18). En la carta número 61, Cipriano le comunicó al obispo de Roma, de nombre Lucio (nuevo Papa tras morir su antecesor Cornelio después de haber sido desterrado), que se encargase de preparar e instruir a los cristianos tanto para la confesión como para el martirio pero, especialmente, que los concienciara ante la inminente llegada y proximidad del Anticristo no solo con palabras sino también con actitudes ejemplarizantes (*Epistolae* 61, 2, 3). Cipriano también relacionó la inminente y futura aparición del Anticristo con la existencia de cristianos que se mostraron dubitativos con la doctrina oficial u ortodoxia y la vez con el surgimiento de opiniones o actitudes favorables a comportamientos o ideologías heréticas (*Epistolae* 67, 7; 70, 2, 2-3; 73, 15, 1; 74, 2, 3).

EL ANTICRISTO EN LAS *INSTRUCCIONES* Y EN EL *CARMEN APOLOGETICUM* DE COMODIANO

La Antigüedad Tardía fue la época en la que el Anticristo acaparó la atención de varios autores patrísticos, procedentes en su mayoría de la mitad occidental del Imperio romano, siendo en este amplio territorio en el que aparecieron varios escritores cristianos que identificaron o asociaron a dicha figura, de un modo irrevocable y evidente, con el emperador Nerón como consecuencia de que la tradición literaria cristiana elaborase su particular teología sobre el Anticristo a partir de un conjunto de pasajes o textos procedentes de dos de los libros que conforman el canon bíblico neotestamentario: el *Apocalipsis* de Juan y la *2 Tesalonicenses*, atribuida esta epístola tradicionalmente a Pablo de Tarso (Malik, 2012, pp. 169-170). El siglo III fue decisivo en la aparición y difusión de una literatura de naturaleza apocalíptica cuyo contenido se ha convertido en objeto de compleja interpretación (Malik, 2012, p. 171). Daley apuntó que el origen de dicho fenómeno religioso y literario residiría en las comunidades cristianas dotadas de una sólida organización pero sobre todo de una inquebrantable cohesión y unidad entre sus miembros (Daley, 1999, p. 5).

Para poder comprender la concepción escatológica de Comodiano (y en especial el concepto o la idea de Anticristo que tuvo y que por consiguiente desarrolló en sus escritos) debe establecerse, con la máxima precisión posible, el tiempo en el que escribió y sobre todo la persecución o las persecuciones a las que haría alusión en sus textos, camufladas bajo la imagen de represiones futuras y características de una era apocalíptica. Durante la primera mitad del siglo XX, autores como H. Brewer (1906) y P. Courcelle (1946) ubicaron a este autor cristiano en el siglo V (Potesta & Rizzi 2005.1, p. 391). La mayoría de los historiadores e investigadores, especialistas en el campo de la patrística y posteriores a los ya mencionados, abogaron por emplazar cronológicamente a Comodiano en el tránsito de la primera a la segunda mitad del siglo III (Baldwin, 1989, p. 338; Gagé, 1961, pp. 356-358; Poinsothe, 1999, pp. 203-212; Frenchkowski, 2015, p. 241; Sordi, pp. 1962-1963, pp. 123-146). Sin embargo, no han faltado quienes se han manifestado, en los ámbitos académicos, como firmes partidarios en emplazarlo en una época tardía como el siglo V (Moreschini & Norelli, 2005.1, p. 381; Daley, 1999, p. 34).

En cuanto a su concepto o idea del Anticristo, Comodiano habló sobre dicha figura en dos de sus obras: en las *Instrucciones* y en el *Carmen apologeticum*. Precisamente, fue en el segundo de los escritos mencionados donde introdujo una novedad conceptual en las reflexiones teológicas hasta entonces elaboradas sobre la figura del Enemigo Final: la idea del “doble Anticristo”. El autor cristiano habló sobre el primero de los dos Anticristos al relatar que su aparición se produciría a raíz del estallido de una persecución contra los cristianos, interrumpida violentamente por una invasión de los godos llevada a cabo en el corazón del Imperio romano, concretamente en Roma (*Carmen apologeticum* 808-812). No obstante, debido al debate historiográfico existente sobre la época a la que perteneció

este autor cristiano, no se ha descartado que la irrupción de este pueblo germánico sobre territorio romano hiciese alusión a la que se produjo a comienzos del siglo V y que culminó con el famoso “Saco de Roma”, dirigido por Alarico. En ese caso, los cristianos a los que se referiría no serían otros que aquellos favorables o seguidores del arrianismo (Potesta y Rizzi, 2005.1, p. 391). Por el contrario, si se argumenta que perteneció al siglo III, Comodiano pudo haber recurrido al mal recuerdo que dejó entre los cristianos la persecución general o sistemática emprendida por el emperador Decio (249-251) como consecuencia de las diversas reacciones a su edicto general de sacrificio a los dioses. A este primer Anticristo, tal y como podrá leerse en la presente investigación, Comodiano le puso el nombre de Nerón, el único emperador romano nombrado por el autor cristiano en sus dos obras y que, además, constituye la piedra angular en el contenido escatológico de las mismas (*Instructiones* I, 41, 7; 11; *Carmen apologeticum* 827; 838; 852; 869; 885; 891; 910; 933; 935), un papel semejante y también visible en autores cristianos posteriores pero ubicados en la parte occidental del Imperio romano (Baldwin, 1989, p. 334). A raíz de la utilización de un personaje histórico fallecido hace ya doscientos años (como lo fue el emperador y último representante de la dinastía Julio-Claudia) en la visión apocalíptica de un autor cristiano (la cual habría sido creada a partir de un conjunto de acontecimientos históricos de los cuales habría sido seguramente un testigo ocular o habría oído hablar sobre ellos), Poinssotte en 1999 no titubeó en bautizar la amplia sección de contenido escatológico o apocalíptico presente en el *Carmen apologeticum*, en la que el emperador señalado como el “primer perseguidor” es presentado también como un personaje característico de un tiempo histórico “camuflado” de era apocalíptica, como “el *Apocalipsis según Comodiano*” (1999, p. 206; *Carmen apologeticum* vv. 808-916 y ss.).

Antes de que se produzca la intervención del particular *Nero redivivus* de Comodiano, posee una participación protagonista el rey de los godos. Tras haber llevado a cabo la suspensión de la persecución y haber decretado la represión de todos aquellos responsables de emprender la acción persecutoria contra las comunidades cristianas, surge un individuo que se presenta ante las multitudes como un “nuevo Ciro” (*Cyrus reservatus*). Es decir, como un monarca que llega a comportarse como un libertador de un pueblo oprimido pero también que llega a actuar como el artífice del fin de la crueldad y la tiranía de quienes no son merecedores de actuar como gobernantes de los hombres y mujeres que libera con su sola presencia. El recurso al célebre soberano persa podría explicarse si se parte de la idea de que Comodiano esté forjando su particular visión de los presumibles y teóricos acontecimientos futuros a partir de la consulta e inspiración del material bíblico veterotestamentario. Dicho de otro modo, mediante la lectura de los pasajes en los que se narra la liberación del pueblo de Israel de las manos de los reyes de Babilonia por parte de un “Ciro histórico” que, para el escritor cristiano, serviría ahora de modelo para introducir a un personaje benévolo para paganos y judíos y hostil para cristianos y bárbaros. No solo se encarga de dispersar a los godos y liberar al Senado de Roma (*Carmen apologeticum* 823-824). Se muestra públicamente capaz de realizar

sortilegios, de recurrir a la magia para granjearse la admiración y el apoyo de los senadores e incluso de los judíos en detrimento, lógicamente, de los cristianos (Gagé, 1961, p. 359).

Este “nuevo”, “retornado” o “revivido” Ciro no sería otro que Nerón, recalcando Comodiano que pasó a la historia por haber condenado a muerte (en su anterior vida) a los apóstoles Pedro y Pablo (*Carmen apologeticum* 827-828), omitiendo cualquier detalle que hubiera hecho posible añadir descripción alguna sobre la crucifixión del primero y/o la decapitación del segundo. La lectura del texto permite contemplar que Nerón se convertiría en objeto de un regreso aplaudido para muchos (senadores y judíos) y rechazado por otros (los cristianos, concedores de su anterior e “histórica” persecución). Un inesperado y asombroso retorno que para el autor cristiano tendría lugar coincidiendo con la cercanía del fin del mundo. Sin embargo, el artífice de semejante visión no se postuló favorablemente a centrarse en una sola argumentación con la que poder hacer viable una explicación de su regreso. Si bien es cierto que el autor patrístico afirmó que Nerón habría sobrevivido al paso del tiempo, permaneciendo oculto hasta reaparecer en el momento más oportuno, también añadió que su resurgimiento tendría lugar partiendo desde el inframundo (*Carmen apologeticum* 825. 826; 830). Para Richard Bauckham, Comodiano se habría apoyado e inspirado en el versículo octavo del capítulo decimoséptimo del *Apocalipsis*, lo que no implicó que reconociese abiertamente que el emperador hubiese fallecido como hicieron otros autores antes que él (como Tácito, Suetonio o Dion Casio) sino que optó por expresar su firme y sólida convicción de que Nerón retornaría desde un lugar oculto en donde habría sido capaz de preservar su cuerpo y protegerlo con éxito de los estragos causados por el paso del tiempo (1993, p. 422).

No obstante, tal y como se ha explicado con anterioridad, Comodiano también añadió que semejante reaparición podría producirse con una resurrección previa del emperador. Si bien barajó también la posibilidad de que semejante variante pudiese constituir una realidad, Poinssotte argumentó además que el verso sobre este acontecimiento formaría parte de una sección en la que probablemente habría tenido lugar una “contaminación ideológica” (1999, p. 206). El relato continúa del siguiente modo: los miembros del Senado de Roma, habiendo creído que Nerón había desaparecido por completo de la faz de la tierra como consecuencia de las limitaciones de la vida mortal, lo reciben con los brazos abiertos. Después acuerdan, entre todos, venerarlo como a un dios, participando también los judíos del “culto neroniano” recientemente instaurado. El siguiente paso en la intervención del *Nero redivivus* es la persecución anticristiana, la cual no sería la misma a la que Comodiano se refirió al comienzo de su relato apocalíptico y que calificó como la “séptima” (Poinssotte, 1999, p. 207). Sin embargo, con la llegada del “nuevo” y “renovado” Nerón, también se produce el regreso del profeta Elías, dirigiéndose expresamente el personaje del Antiguo Testamento a la tierra en la que habitan desde tiempos inmemoriales los judíos para desempeñar su misión profética, provocando de este modo el malestar entre los judíos, quienes se enemistan contra el profeta declarándolo “enemigo de los romanos” (*Carmen apologeticum* 825-854).

Comodiano no solo habló de Elías sino que también mencionó a otro profeta, probablemente Enoc. De este modo puede decirse que la lectura de semejante sección permitiría brindar una oportunidad de oro al investigador a la hora de descubrir un estado particular de la leyenda neroniana, procedente de una comunidad cristiana emplazada en la parte occidental del Mediterráneo y existente entre finales de la década de los cincuenta y la de los sesenta del siglo III (Poinssotte, 1999, p. 205). Retornando al susodicho texto, y por instigación del propio Senado, Nerón decreta que Elías (quien, como se ha podido observar, ha regresado al mundo de los vivos) sea deportado, ejecutando también a siete mil personas a quienes martiriza en Roma (*Carmen apologeticum* 858-860). El profeta retornado, junto con el más que probable Enoc, encuentran la muerte (*Carmen apologeticum* 855-858). Sus cuerpos (los cuales no reciben sepultura) son devueltos a la vida por Dios (habiendo transcurrido cuatro días después de que sucediera su violento fallecimiento), encargándose éste último de transformarlos en seres inmortales (*Carmen apologeticum* 861-864). Además, Dios también endurece el corazón de Nerón, de forma similar a lo que hizo con el faraón en tiempos de Moisés, tal y como asegura el autor cristiano.

El emperador retornado, con el firme y sólido propósito de continuar persiguiendo y martirizando a los cristianos, asocia al imperio a dos individuos a los que otorga el título de “César” no solo para llevar a buen término la feroz persecución que ha desencadenado sino probablemente también para contar con herederos que le sucedan en el trono imperial. Al mismo tiempo, a los gobernadores de las provincias les envía un edicto a través del cual se les ordena que eliminen el nombre de Cristo, imponiendo la ofrenda obligatoria de incienso a los ídolos paganos (*Carmen apologeticum* 867-868). Incluye Comodiano, a modo de detalle, que la persecución tendría una duración de tres años y medio, tiempo en el que tanto los hombres como las mujeres que se comportasen y/o manifestasen públicamente su condición cristiana serían los principales opositores a participar en el cumplimiento de las obligaciones político-religiosas con el emperador regresado. Como consecuencia de la actividad persecutoria, recaería sobre Nerón y sus asociados una venganza terrible: la ciudad de Roma y los habitantes que viven en ella sucumbirían a manos de un monarca oriental al mando de cuatro poderosos pueblos (persas, medos, caldeos y babilonios) (*Carmen apologeticum* 891-892; 909-912).

Tras derrotar a Nerón y a sus césares (a quienes había asociado al poder), los ejércitos del soberano de Oriente llegan a Roma. Allí irrumpen saqueando y arrasando con lo que encuentran a su paso (*Carmen apologeticum* 855-889; 890-916). Comodiano describió la situación con tal precisión que su intención parece haber sido la de fingir comportarse como un “testigo ocular” de dicha persecución “general y sistemática”, habiéndose podido fijar en las medidas anticristianas adoptadas por Valeriano como consecuencia de su posicionamiento político-religioso adverso con respecto a los cristianos. De este modo, al autor cristiano le habría sido posible modelar su particular *Nero redivivus*, pudiendo ser los dos césares asociados al poder por el emperador revivido

Galieno y Valeriano II o Galieno y Salonino (Poinsotte, 1999, p. 207; Potesta & Rizzi, 2005.1, pp. 393-394). En cuanto a la idea del “doble Anticristo”, desde hace varias décadas se planteó la hipótesis de que Comodiano bien pudiera haberse inspirado en las dos bestias protagonistas del *Apocalipsis* de Juan, combinándolas con la creencia o creencias vigentes acerca del *Nero redivivus* añadiendo además a la ecuación las nociones judías sobre el Antimesías desarrolladas en el pensamiento cristiano de la época, encarnado en los ya estudiados Ireneo de Lyon o Hipólito de Roma (Lawrence, 1978, pp. 61-62).

Comodiano finaliza su exposición sobre los tiempos apocalípticos que han de suceder afirmando que para los cristianos Nerón sería el Anticristo, mientras que para los judíos lo sería el rey oriental responsable de la derrota y muerte del primer emperador perseguidor (*Carmen apologeticum* 919-940). Si Nerón representaría la perdición de Roma, el “Anticristo oriental”, que lo derrota y acaba con su vida y con la de sus aliados, representaría la perdición de toda la tierra (*Carmen apologeticum* 933-935). Con respecto a las *Instruktionen*, Comodiano tan solo habló de un único Anticristo, al que caracterizó como un “Nerón retornado del infierno” (*Nero de inferno levatus*; I, 41, 1). Dos tradiciones distintas en dos obras diferentes escritas por un mismo autor. Uno de los grandes interrogantes al que intentó hallar una respuesta el ya citado Poinsotte viendo viable que semejante fenómeno ideológico-literario fuese posible al sostener la hipótesis de que el autor cristiano (probablemente coetáneo a Decio y a Valeriano) pudiera haberse apoyado, inspirado y tomado ideas del contenido del escrito apócrifo conocido como el *Apocalipsis de Esdrás* (Poinsotte, 1999, p. 210, n. 48).

El Anticristo o mejor dicho el primero de los dos Anticristos (concebido por Comodiano a modo de “*Nero redivivus*”) sería original en todos los sentidos y en comparación con otras corrientes ideológicas apocalípticas posteriores que tuvieron como piedra angular en el engranaje ideológico diversos tipos de asociación entre Nerón y el Anticristo cimentados en la idea de que el emperador que ha retornado y del que todos pensaban que estaba bien muerto y enterrado provoca la alegría de aquellos que a raíz de su regreso se muestran maravillados del acontecimiento milagroso. Es entonces cuando se prestan a adorarlo como a un dios, convirtiéndolo en estandarte y/o en símbolo de los paganos “judaizantes”. También como el emblema del judaísmo hostil y enemigo acérrimo del cristianismo. De este modo, Comodiano enfrentó al pueblo rechazado por Dios (el judío) con el escogido (el cristiano). El *Nero redivivus* no sería el artífice en recurrir a los judíos en provecho propio, sino todo lo contrario: serían los judíos los que intervienen para poner a Nerón a su servicio con el firme propósito de atacar y acabar con los cristianos de una vez por todas (*Carmen apologeticum* 838; Poinsotte, 1999, p. 212). Como bien se ha podido mostrar anteriormente, Elías es deportado a Roma tras haber predicado y, por consiguiente, haber sembrado la discordia entre los judíos en su tierra natal (*Carmen apologeticum* 847-854). El emperador perseguidor lo condena a muerte junto a su compañero en la labor profética emprendida y de este modo recibe el aplauso, la satisfacción y la aprobación tanto del Senado como de los judíos que habitan

en la capital imperial (*Carmen apologeticum* 857). Para Comodiano, las sinagogas, lugar habitual de reunión de los judíos durante siglos, constituirían en el siglo III el origen de muchos de los ataques y las persecuciones que tuvieron que soportar los cristianos, según se desprende no solo del testimonio literario del mencionado escritor sino de los textos de otros autores anteriores a él, de ahí que el poderío o liderazgo judío fuese el detonante del estallido de la persecución neroniana (*Carmen apologeticum* 845-859; Eastman, 2013, p. 41; González Salinero, 2006, pp. 93-104).

Si para Eastman el texto del *Carmen apologeticum* podría datarse en torno al 250 d.C., probablemente Comodiano hubiese podido contar con material documental suficiente y disponer de las más antiguas historias sobre los martirios representativos de la represión neroniana contra los cristianos: aquellas versadas y que, sobre todo, incluirían el martirio de los apóstoles Pedro y Pablo, pertenecientes a la persecución “histórica” y no a la apocalíptica “imaginada” o “concebida” por Comodiano. Puede que éste último hubiese consultado y, en consecuencia, se hubiese podido inspirar en las escenas martiriales presentes en los *Hechos de Pedro y los Hechos de Pablo*. No obstante, la lectura del *Carmen apologeticum* proporcionaría una primera y no menos equivocada impresión al investigador de que el autor cristiano, responsable de la redacción de dicho escrito, hubiese tenido acceso a una versión de los acontecimientos protagonizados por los apóstoles mucho más breve y general. Que la culpa del nuevo hostigamiento neroniano contra los cristianos recayese sobre los judíos empujó hace años a Eastman a suponer que Comodiano hubiese utilizado como fuente primordial para su particular visión de los acontecimientos apocalípticos la *1 Clemente* por encima de los relatos apócrifos sobre la vida, predicación y martirio de los apóstoles fundadores de la comunidad cristiana de Roma y, por supuesto, ilustres y famosos mártires de la persecución de Nerón (vv. 849-851; Clemente de Roma, 1 Corintios, 5-6; cf. Eastman, 2013, p. 42). Un aspecto primordial presente en la narración de los acontecimientos históricos sobre la represión neroniana, desde Tertuliano de Cartago hasta Paulo Orosio, así como en los conocidos como *Hechos apócrifos de los apóstoles* (Tertuliano de Cartago, *De Scorpiace*, XV, 3; Eusebio de Cesarea, *Historia ecclesiastica*, II, 25, 1-8; Lactancio, *De mortibus persecutorum*, 2, 6; Sulpicio Severo, *Chronicorum libri duo*, II, 29, 3-4; Paulo Orosio, *Historiae adversus paganos*, VII, 7, 10; Cuesta Fernández, 2012, p. 374; Id., 2013, pp. 498-499; pp. 499-504).

Una teoría que bien permitiría explicar el fenómeno ideológico y literario gestado e impulsado por Comodiano fundamentado en la transformación de Nerón en el igual o semejante al Anticristo, lo cual radicaría en el uso del concepto teológico de recapitulación, desarrollado por Ireneo de Lyon. Dicha idea consiste básicamente en que “lo que sucedió al comienzo de la existencia también tendría lugar con la llegada del fin de todo lo creado” (Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, III, 18, 1). Prestando cuidadosa atención a los argumentos empleados por Malik, si Nerón fue para el primer cristianismo el primer perseguidor podría entonces calificarse o considerarse como “acertada” la

hipótesis o teoría según la cual el susodicho concepto teológico pudo haber desempeñado un rol trascendental para conducir a muchos autores patristicos a otorgar al emperador el papel del último y definitivo represor de los cristianos, no siendo un problema para la historiografía sostener la hipótesis versada en la teoría teológica de la recapitulación y en la notable influencia que este concepto ejerciera durante cerca de doscientos años (concretamente desde mediados del siglo III hasta la primera mitad del V). Especialmente en la tercera centuria cuando a partir de los escritos tanto de Comodiano como de Victorino de Petovio (como podrá verse a continuación) asomó por primera vez la idea de una asociación explícita y manifiesta entre Nerón y el Anticristo a partir de una identificación del primero con respecto al segundo para que después pudiera desarrollarse el concepto de que el último de los Julio-Claudios (y el primer emperador en emprender acciones persecutorias contra el cristianismo) pudiese erigirse en una especie de Anticristo así como en el último perseguidor o incluso en su precursor o predecesor (Malik, 2012, p. 172).

Hasta Victorino de Petovio y su famosa exégesis sobre el *Apocalipsis de Juan* en latín (como podrá verse en el siguiente epígrafe) el nombre de Nerón estuvo ausente de las primigenias interpretaciones patristicas sobre el último libro del Nuevo Testamento. La ausencia es notable especialmente en el *Adversus haereses* de Ireneo de Lyon, obra en la que (tal y como se ha explicado al comienzo de la presente investigación) trató de averiguar el significado del Número o Marca de la Bestia del Mar: el 666 (*Apocalipsis* 13, 18; Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, V, 30, 1). Sin embargo, el único dato “histórico” que incluyó en su tratado referente al libro neotestamentario fue su convicción en emplazarlo cronológicamente en el ocaso del reinado de Domiciano (Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, V, 30, 3). El primer testimonio escrito, perteneciente al primer cristianismo pero sobre todo pionero en proporcionar un cálculo matemático sobre el número de la Bestia y relacionarlo con el nombre de Nerón, se encuentra en el *Liber genealogus*. Un texto anónimo aunque de procedencia donatista datado en la primera mitad del siglo V (Gumerlock, 2006, p. 350).

Doscientos cincuenta años antes, y de forma aparente, el célebre obispo y teólogo de Lyon no debió acceder o bien poseer conocimiento alguno de sus contemporáneos cristianos sobre la asociación entre el número de la Bestia con Nerón. Gregory K. Beale sostuvo que a pesar de que Ireneo contemplase varios nombres con los que poder vincular el número de la bestia, el famoso escrito del teólogo residente en la Galia revelaría que no contempló la posibilidad de que la Bestia del Mar pudiese ser identificada con Nerón. Por lo tanto, para el investigador bíblico, la hipótesis más acertada sería la de que habría descartado la posibilidad de que la monstruosa criatura, presente en el decimotercer capítulo del *Apocalipsis*, se tratara en realidad de un emperador romano (Beale, 1999, p. 20). Gentry expresó una opinión similar a la de Beale. Defendió que si el primer análisis del número de la bestia (personificado en las palabras de Ireneo de Lyon) no hizo mención alguna al nombre de Nerón como candidato idóneo es porque no habría tenido constancia

alguna de la susodicha “teoría neroniana” (Gentry, 2002, p. 44; Id., 1998, p. 203). Tal como apuntó Gumerlock, el posicionamiento de Beale y Gentry estaba supeditado al comentario bíblico del *Apocalipsis* llevado a cabo por Leon Morris en 1969. Este exegeta afirmó que “Ireneo ni siquiera incluyó a Nerón en su lista de candidatos (cuyos nombres eran *Evanthas*, *Lateinos* y *Teitan*) y mucho menos consideró dicha posibilidad como una conjetura probable” (Morris, 1969, pp. 38; 174; Gumerlock, 2006, p. 358). De hecho el autor patrístico, tras haber evaluado los tres nombres mencionados, se decantó por el de *Teitan* añadiendo un dato revelador: que en su época habría personas que habrían recurrido a una lectura “corrupta” del pasaje en cuestión (*Apocalipsis* 13, 18) en el que se podía leer 616 y no 666 (Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, V, 30, 1).

El desconocido autor, responsable de la redacción del *Liber genealogus* en el siglo V, procedió a la realización de una operación matemática en la que multiplicaba la suma de los caracteres numéricos equivalentes a las letras que conformaban la palabra latina *Antichristus* con las cuatro letras que forman el nombre de Nerón en latín (*Nero*), dándole como resultado 616 (Gumerlock, 2006, pp. 351-353). Francisc Gumerlock se apoyó en dos argumentos: Por un lado, sostuvo que el silencio de Ireneo sobre esta tardía y/o posterior interpretación (de haber existido desde hace siglos) pudo deberse al hecho de que tal nombre (el de Nerón) surgiera como consecuencia de haber consultado una “versión corrupta” del *Apocalipsis*. Por otro lado, el autor patrístico se habría mostrado reacio a aceptar que el Número o Marca de la Bestia del Mar pudiese ser interpretado como una críptica alusión a cualquiera de los emperadores romanos existentes antes o durante la época del obispo (Gumerlock, 2006, pp. 358-359).

Tonstad sustentó la hipótesis de que Ireneo debió haber tenido constancia de la información biográfica concerniente al último de los Julio-Claudios como para haber podido llegar a la reveladora conclusión de que el *Apocalipsis de Juan* se tratase, en realidad, de un escrito alegórico que hiciese alusión a un pasado marcado por la acción de Nerón contra los cristianos (Tonstad, 2008, p. 179). Sin embargo, Ireneo se habría visto empujado a descartar semejante posibilidad por las razones expuestas por Gumerlock, a pesar de que este especialista estuviese convencido de que el propósito oculto del reputado Padre de la Iglesia fuese el de insinuar que detrás de la Bestia se ocultase el emperador romano responsable en perseguir, por primera vez en su reciente historia, a los cristianos aunque recurriese a otros nombres con el fin de descubrir la identidad de la Bestia (Gumerlock, 2006, p. 359).

EL ANTICRISTO EN EL *COMMENTARIOUS IN APOCALYPSIN* DE VICTORINO DE PE- TOVIO

El *Apocalipsis de Juan* alcanzó una autoridad literaria trascendental en el siglo III, tal y como quedaría demostrado en el *Commentarius in Apocalypsin*, la primera y

más antigua exégesis o comentario bíblico del último libro del Nuevo Testamento, cuya autoría ha sido atribuida a Victorino de Petovio y cuya realización se ha situado varias décadas antes de que tuviese lugar la Gran Persecución emprendida por Diocleciano y algunos de a los tetrarcas (salvo Constancio Cloro) contra las comunidades cristianas en el Imperio romano, siendo el autor patrístico obispo de la ciudad de Petovio (Malik, 2012, p. 171; Daley, 1991, p. 65; Champlin, 2006, p. 32) y falleciendo en ella como mártir en torno a los años 303-304 (Potesta & Rizzi, 2005, p. 369; Tonstad, 2008, p. 178). El *Comentario al Apocalipsis* de Victorino de Petovio fue escrito probablemente entre los años 258-260, poco después de que la persecución de Valeriano llegase a su fin (Norelli, 1999, p. 333) o bien alrededor del año 270 (Maier, 2013, p. 392). Tampoco se ha descartado que las alusiones presentes en la exegesis bíblica a la llegada de un monarca hostil procedente de Oriente pudiesen hacer alusión a la contundente derrota y posterior secuestro de Valeriano a manos de Sapor I, pudiendo haber representado el *Comentario al Apocalipsis* una fuente importante para Comodiano, siempre y cuando el investigador se decante por defender que éste último perteneció a una época posterior más cercana a los siglos IV-V que al III (Potesta & Rizzi, 2005.1, p. 369). Recientemente, M. Frenschkowski defendió que habría sido redactado alrededor del 280, no albergando duda alguna de que supondría el primer documento patrístico a través del cual podría contemplarse, y por primera vez, la conexión entre el *Apocalipsis* joánico y la leyenda neroniana (Frenschkowski, 2015, p. 240).

De igual modo que Comodiano, Victorino de Petovio también incluyó en su exégesis al oponente, por antonomasia, del Anticristo en los tiempos apocalípticos: la figura del “profeta retornado”, encarnado en Elías cuya llegada supondría, a todos los efectos, la antesala a la “génesis” o comienzo de la era del Anticristo. El advenimiento del profeta responde a un único fin: impulsar el restablecimiento y la consolidación de las iglesias para instruir y preparar a sus miembros con el propósito de disponer a las comunidades a afrontar una persecución sin precedentes en la historia de la Iglesia: la del Anticristo (*Commentarius in Apocalypsin* VII, 1). Esta futura represión tendría una duración de 42 meses (o tres años y medio) teniendo lugar en ese período tanto el ataque como el tiránico gobierno sobre la ciudad santa. A raíz de la duración de la persecución del Anticristo Victorino trajo a colación la cuestión de la aparición y actividad de los dos testigos, que bien podrían ser Elías y Eliseo o Elías y Moisés. No obstante, no debe desdeñarse el siguiente argumento, necesario para continuar con la explicación: tanto Eliseo como Moisés no se ajustarían ni al perfil ni mucho menos a los hechos protagonizados y especialmente tampoco al destino experimentado por Elías. En el Antiguo Testamento, el célebre profeta no murió por causas naturales ni fue asesinado por sus enemigos sino que ascendió a los cielos subido a un carro de fuego (2 Reyes 2, pp. 1-15). Victorino sostuvo que uno de los posibles profetas podría tratarse, en realidad, de Jeremías (*Commentarius in Apocalypsin* XI, 3). Independientemente de cuál sea la verdadera identidad de los testigos, al catalogarlos como “profetas” el exegeta estaría

indicando que desempeñarían semejante rol o bien que podrían tratarse en realidad de dos autores del Antiguo Testamento, tratándolos como dos hombres que a la fuerza y necesariamente debían regresar y no precisamente de la muerte, de ahí que el autor cristiano defendiese que uno sea, a la fuerza, Elías y el otro cabría la posibilidad de que pudiera identificarse con Jeremías, descartándose a Eliseo y/o a Moisés (Norelli, 1999, p. 334).

Prosiguiendo con la exégesis del obispo y mártir, los dos testigos serían asesinados por el Anticristo, a quien Victorino identificó con la Bestia procedente del abismo (*Apocalipsis* 11, 7; *Commentarius in Apocalypsin* XI, 4). En definitiva, el Anticristo sería un hombre que estaría al frente del “reino de los reinos” y que, en una vida anterior, fue emperador de Roma. No se trataría de un argumento novedoso o innovador. De hecho, recurrió a él apoyándose en el testimonio literario de Pablo de Tarso procedente de la segunda de las epístolas dirigida a los cristianos residentes en Tesalónica (2 *Tesalonicenses* 2, 7). Para Victorino de Petovio sería este el versículo responsable en desvelar la verdadera identidad del Anticristo. Siguiendo la estela trazada por Comodiano, Victorino afirmó que el *Apocalipsis* habría permitido descubrir a sus lectores que los profetas (enviados por Dios en los tiempos finales a la ciudad santa) acabarían siendo asesinados por el Anticristo, resucitando al cuarto día y no al tercer con el propósito de que los dos testigos no puedan ser equiparados completamente a Cristo (*Commentarius in Apocalypsin* XI, 5).

En cuanto al momento temporal en el que tendría lugar la llegada del Anticristo, Victorino de Petovio explicó, mediante el análisis exegético del capítulo duodécimo del *Apocalipsis* joánico, que acontecería dicho advenimiento a raíz o como consecuencia de la expulsión del Dragón Rojo del Cielo al mundo terrenal, teniendo muy presente que antes de que tuviese lugar la venida del Anticristo previamente debía producirse la aparición y la predicación del profeta arrebatado a los cielos hace siglos y retornado con motivo de la llegada de los tiempos finales. Es decir, del advenimiento de Elías, quien personificaría o encarnaría a los tiempos pacíficos, cuya predicación tendría una duración de tres años y seis meses, sucediéndola el acontecimiento de la aparición del Anticristo, acudiendo Victorino nuevamente al capítulo segundo de la segunda epístola paulina (la dirigida a los cristianos de Tesalónica) para reforzar su argumentación (*Commentarius in Apocalypsin* XII, 6; *Apocalipsis* 12, 7-9; 2 *Tesalonicenses* 2, 3-4).

Es en la exégesis, correspondiente a los capítulos decimotercero y decimoséptimo del *Apocalipsis*, en donde se localiza una sección en la que es viable la localización de elementos paralelos o semejantes al conjunto de ideas presentes en el *Carmen apologeticum* de Comodiano y, en concreto, a su particular exposición sobre el Anticristo. Inicia el comentario bíblico explicando que la Bestia del Mar personificaría el reino del Anticristo, cuyo establecimiento tendría lugar sería con posterioridad tanto a la llegada como a la predicación del profeta Elías (*Commentarius in Apocalypsin* XIII&XVII, 1). No obstante,

y a diferencia de autores patrísticos ya estudiados como Hipólito de Roma, Victorino no argumentó que el comienzo de la soberanía del Anticristo acarrearía la caída y completa desaparición del Imperio romano, porque no es posible hallar en su exégesis palabras, términos o ideas que indiquen que su doctrina o pensamiento escatológico estuviese mucho más próximo a asegurar que Roma sucumbiría al hacer acto de presencia el mismísimo Anticristo. Sin embargo, otorgó al aún vigente Imperio romano una fuerza perniciosa y negativa debido a las persecuciones emprendidas por Roma y por sus representantes contra los cristianos, por encima de cualquier otro logro o éxito alcanzado por el estado romano que pareciera reprochable o discutible a ojos de Victorino (Norelli, 1999, p. 337). La interpretación simbólica del Imperio romano como reino del Anticristo constituiría un elemento cronológico que empujaría a deducir que no habría pasado demasiado tiempo desde que Decio y Valeriano desencadenasen sus respectivas persecuciones contra los cristianos. De ahí que podría deducirse que Victorino hiciera recaer la responsabilidad del conjunto de represiones anticristianas acaecidas al Anticristo pero también a la autoridad política del Imperio romano que no estaría representada por la figura del emperador sino por el Senado, mostrándose incapaz el autor cristiano de discernir entre Imperio y Roma como ciudad (Norelli, 1999, p. 337).

Las siete cabezas de la Bestia del Mar fueron interpretadas por Victorino como siete colinas (sin duda, una representación simbólica de la capital imperial) pero también como siete reyes, de los cuales aclaró que cinco han desaparecido. Que uno, el sexto, estaría reinando coincidiendo con la redacción del *Apocalipsis* y, por otro lado, el séptimo rey no habría hecho acto de presencia y cuando se produjera dicha aparición, permanecería al frente del Imperio romano durante un breve período de tiempo. Por último, la bestia sería uno de los siete reyes anteriores y a la vez el octavo (*Apocalipsis* 17, 9-10. 11; XIII/XVII, 2). A la hora de relacionar los siete reyes con siete emperadores romanos, Victorino de Petovio dejó muy claro su posicionamiento: no debía obviarse la época histórica en la que se escribió el último libro del Nuevo Testamento. Por lo tanto, situó la composición del apocalipsis joánico en el reinado de Domiciano y, a partir de ahí, procedió a la elaboración de un análisis cronológico de los emperadores romanos existentes con anterioridad al último miembro representante de la dinastía imperial Flavia: 1) Tito, Vespasiano, Vitelio, Otón y Galba (los cinco reyes/emperadores que ya no están); 2) Domiciano (el sexto); 3) Nerva (el que está aún por llegar); 4) Nerón (la Bestia, uno de los siete y que ocuparía la octava posición) (*Commentarius in Apocalypsin* XIII/XVII, 2).

El capítulo tercero (correspondiente a la exégesis conjunta de los capítulos decimotercer y decimoséptimo) comprende el comentario del versículo tercero del capítulo decimotercero que trata sobre la herida grave que afecta a una de las siete cabezas de la Bestia del Mar, de la que acaba por recobrase. Apoyándose en información que califica como “histórica”, defendió Victorino que dicho versículo bíblico haría alusión al suicidio de Nerón. Para el autor patrístico, el último representante de la dinastía Julio- Claudia se habría visto obligado a quitarse la vida como consecuencia de la presión ejercida por

los miembros del Senado. En definitiva, constituye uno de los textos claves en el estudio del *Nero redivivus* por aparecer en las obras de los autores cristianos posteriores como piedra angular de las distintas versiones cristianas del mito neroniano así como en el caso de Sulpicio Severo o de otros representantes de la patrística latina y de obras cuya autoría es anónima, como en el caso del *Liber genealogus* (Sulpicio Severo, *Chronicorum Libri Duo*, II, 29, 5; Gumerlock, 2006, p. 354). A pesar de situar el *Apocalipsis* durante el mandato del último de los Flavios, Victorino de Petovio no contempló la posibilidad de que Domiciano fuese visto en su época ni tampoco interpretada su presencia entre los hombres (ni siquiera sus acciones despóticas y crueles con sus súbditos) hasta el punto de que sus coetáneos y las generaciones venideras vieran en el emperador a un “Nerón revivido” (Frenschkowski, 2015, p. 240).

Victorino no interrumpió su discurso teológico y llegó a afirmar que Nerón sería resucitado por voluntad de Dios para ser enviado y convertido después en un soberano digno y merecedor del cariño y la lealtad de los enemigos del cristianismo: los judíos y los paganos (en clara consonancia con lo establecido por Comodiano en el *Carmen apologeticum*). La aparición en público del “Nerón resucitado” estaría encaminada a ser presentado como un Cristo, es decir, como el verdadero, auténtico, legítimo y apropiado mesías para los judíos así como el soberano idóneo y adecuado para los súbditos fieles e incondicionales de los gobernantes que se comportan como acérrimos perseguidores de los seguidores de Jesús de Nazaret. Pero, de forma opuesta a la ideología apocalíptica desplegada por Comodiano en la obra cuyo título se ha mencionado, Nerón no volvería a la vida con la intención de reaparecer y asumir la misma identidad e idéntica apariencia física que tuvo en su anterior vida, es decir, cuando estuvo al frente del Imperio romano entre los años 54 y 68 d.C. tras suceder a Claudio. Tendría otro nombre y adoptaría otro aspecto para que, de este modo, pudiese ser visto y aceptado como el Mesías y salvador para judíos y perseguidores, renunciando a llamarse Nerón y actuando de una manera relativamente diferente a la de su vida anterior. Victorino se inspiró tanto en *Apocalipsis* 13, 3 como en *Daniel* y así le fue posible demostrar que su particular “*Nero redivivus*” (o, dicho de otro modo, la versión cristiana de la leyenda neroniana surgida a partir del texto analizado) debía cumplir con dos condiciones básicas para comportarse como una seria amenaza para los cristianos, como un auténtico Anticristo y como un soberano y un salvador para judíos y paganos: debía erigirse como emblema o estandarte del pueblo que durante generaciones había practicado y mantenido vivo el rito de la circuncisión (*Daniel* 11, 37). Sobre la suerte experimentada por los santos (cristianos) a raíz del dominado del Anticristo, estos son obligados por “Nerón-Anticristo” a ser circuncidados en primer lugar. En segundo lugar, el “Nerón-Anticristo” les exige como trascendental e indispensable requisito, con el que puedan demostrar su lealtad hacia él, a que asimilen como suya una fe que les fuerce a reconocer al emperador como el verdadero y legítimo Cristo, abjurando de forma automática de sus convicciones religiosas anteriores (Maier, 2013, 192).

En el *Commentarius in Apocalypsin* de Victorino de Petovio, la continuidad entre Imperio romano y reino del Anticristo parece deducirse del hecho de que para el exegeta la reencarnación de un emperador romano requiriese de un absoluto y completo cambio radical tanto del físico como de la identidad. El soberano escogido por el autor patrístico no sería otro que el emperador Nerón (Norelli, 1999, p. 341). Por lo tanto, el Anticristo, para Victorino, surgiría a partir de un emperador romano procedente de un pasado histórico mal visto por paganos y cristianos y que, a pesar de modificar su apariencia y suplantar su identidad por otra que le permitiese “pasar desapercibido” ante judíos y paganos, conservaría en su interior el espíritu maligno del soberano señalado, desde los tiempos turbulentos de Tertuliano de Cartago, como el primer perseguidor de la Iglesia primitiva y el brazo ejecutor de los apóstoles Pedro y Pablo.

REFLEXIONES FINALES

Tras haber analizado las doctrinas de Comodiano y Victorino de Petovio sobre el Anticristo, puede llegarse a una primera y trascendental conclusión: en los escritos de ambos autores patrísticos pueden localizarse tanto semejanzas como diferencias. Las semejanzas consistirían en que ambos habrían hecho uso de un material bíblico idéntico; de los mismos personajes procedentes de la cultura y religión judeocristiana así como de los elementos más representativos del devenir histórico próximo a la época de ambos autores cristianos. Por el contrario, hay entre los dos diferencias relacionadas con la concepción distinta que cada uno posee en torno al Anticristo. En el caso de Comodiano, y dependiendo de la obra consultada, debe hablarse de uno solo (*Instrucciones*) o bien de dos (*Carmen apologeticum*). En este último caso, uno dirigido a los cristianos y otro a los judíos. Comodiano y Victorino de Petovio poseen planteamientos divergentes también en lo referente al tema de la llegada de Elías. Una opción estaría representada por la visión personal de los acontecimientos apocalípticos expresada por Comodiano y la otra, evidentemente, por la de Victorino. En el caso del primero, la venida de Elías tendría lugar después de la llegada del Anticristo destinado para tormento de los cristianos (el *Nero redivivus*). En el caso del segundo, antes.

Una idea en común es el recurso a Nerón a modo de personaje apocalíptico, caracterizado como Anticristo como consecuencia del recuerdo que dejó en romanos y cristianos (especialmente a estos últimos). A partir de las investigaciones llevadas a cabo por los especialistas a lo largo del siglo XX y a comienzos del presente, podría llegar a deducirse que ambos autores cristianos personificarían dos fuentes de información, procedentes de la literatura patrística latina y datables en los años centrales del siglo III, vitales, fundamentales pero sobre todo imprescindibles en el estudio del *Nero redivivus* ya que marcarían la frontera o los límites entre las presumibles y teóricas creencias neronianas anteriores y las distintas versiones sobre el regreso de Nerón incluidas en las obras de varios Padres de la Iglesia representativos de los siglos IV y V, como Lactancio,

Sulpicio Severo o Agustín de Hipona (*De civitate Dei* XX, 19, 3). A partir del siglo III, las creencias surgidas en torno al regreso de Nerón y a su vinculación, conexión, identificación o asociación con el Anticristo se reducirían a dos tendencias: la primera, representada por los textos de aquellas personalidades de la patrística que contemplasen que tales ideas pudieran llegar a hacerse realidad. Por otro lado, la segunda, encarnada en los escritos de aquellos autores, Padres de la Iglesia en definitiva, que rechazaran que tales creencias puedan ser calificadas o catalogadas como verosímiles o veraces (Champlin, 2006, p. 31).

En los ya mencionados Lactancio y Sulpicio Severo, con respecto al *Nero redivivus*, puede hablarse de un proceso simultáneo de “continuidad y ruptura” con respecto a los planteamientos apocalípticos desarrollados por Comodiano y Victorino de Petovio en la literatura cristiana latina del siglo IV al V. Ambos distinguen entre Nerón, por un lado (y no solo como personaje histórico denostado y responsable de una mala época para el devenir histórico del cristianismo primitivo, como lo fue la primera persecución) sino también como último perseguidor y precursor del Anticristo, sujeto éste totalmente independiente al emperador romano. La gran novedad ideológica residiría en que, a la hora de informar sobre la concepción ideológica de Nerón desde una perspectiva claramente apocalíptica, ninguno de los dos llegaron a identificarlo como el Anticristo propiamente dicho sino más bien lo consideraron, o informaron de que hubo muchos que pensaron en él como el hombre que vendría antes del Enemigo Final (Lactancio, *De mortibus persecutorum*, 2, 7-9; Sulpicio Severo, *Chronicorum Libri Duo*, 28, 1; 29, 5-6).

Sin embargo, no están convencidos completamente de la información que transmiten en sus respectivas obras. Si bien es cierto que Lactancio la desmiente completamente (de aceptarla pondría en entredicho el planteamiento histórico-providencialista que desarrolló a lo largo y ancho de su *De mortibus persecutorum*) mientras que Sulpicio Severo se mostró ambiguo. No rechazó ni tampoco aceptó que un emperador, fallecido hace siglos, fuera a regresar antes del Anticristo. De hecho, el autor patrístico mencionó la creencia de que el último emperador de los Julio-Claudios aparecería como el soberano que se comportaría como el último de los perseguidores y en el precursor del Anticristo (Sulpicio Severo, *Chronicorum Libri Duo*, II, 28, 1; 29, 5-6). Diversas expresiones que pueden ser fácilmente localizables en el texto original (“*necio an*”; *opinionem multorum receptum sit*” y “*unde creditur*”) han empujado a un investigador de la talla de Jos Vaesen a sostener la hipótesis de que conscientemente el propósito de Sulpicio no habría sido otro que el de evitar adoptar un posicionamiento claro con respecto a la creencia mencionada (Vaesen, 1988, p. 59). Fragmentos que, por otro lado, bien podrían ser la evidencia escrita de la intención del propio Sulpicio en alejarse o distanciarse de la información transmitida por Lactancio porque el tono empleado por el primero es evidentemente diferente al segundo (Van Andel, 1976, pp. 121-122; Vaesen, 1988, pp. 59-60). A comienzos del siglo XX, J. Martin sostuvo que las palabras empleadas en el análisis crítico de la particular versión del *Nero redivivus*, que incluyó al comienzo de su opúsculo dedicado al trágico y fatal destino de los emperadores perseguidores,

(“*Unde illum [=Neronem] quidam deliri credunt esse translatum ac vivum reservatum*”) constituirían una contundente y abierta reacción manifiesta a las ideas contenidas en el *Carmen apologeticum* de Comodiano (Lactancio, *De mortibus persecutorum*, 2, 7; Martin, 1913, pp. 127-128; Van Andel, 1976, pp. 121-122; Vaesen, 1988, p. 61).

Por otro lado, Sulpicio Severo se preocupó en conservar por escrito, en otra de sus obras (los *Diálogos*), el testimonio sobre el fin del mundo comunicado en primer lugar por Martín de Tours a Galo, uno de sus discípulos y más allegados, para ser más tarde conocido por el hagiógrafo del célebre santo (Sulpicio Severo, *Dialogi*, II, 14, 1-5). Es en este pasaje donde mejor pueden apreciarse los puntos en común y los elementos discordantes con respecto al pensamiento apocalíptico (con protagonismo de Nerón incluido) de Comodiano y Victorino, entre los cuales deben destacarse los siguientes:

1. Dos individuos que actúan como Anticristos: Nerón por un lado en Occidente y el Anticristo propiamente dicho en Oriente. Sin embargo, no es menos cierto que en otra de sus obras (las *Instrucciones*), en donde precisamente Comodiano llevó a cabo una breve descripción sobre el fin del mundo, retrató al Anticristo como un “Nerón regresado del infierno” (*Nero de inferno levatus*) (Comodiano, *Carmen apologeticum*, 829-830; 892; *Instrucciones* I, 41; Sulpicio Severo, *Dialogi*, II, 14, pp. 1-3). En cambio, para Victorino de Petovio, Nerón y el Anticristo serían la misma persona, rechazando los postulados ideológicos favorables a proceder a una distinción entre el emperador perseguidor de los cristianos y el Enemigo final para estos últimos (Victorino de Petovio, *Commentarius in Apocalypsin*, XIII/XVII, 3).

2. El tema sobre la sumisión de “diez reyes”, un recurso procedente de la literatura bíblica canónica y en concreto de los libros de *Daniel* y el *Apocalipsis* (*Daniel* 17, p. 24; *Apocalipsis* 17, p. 12; Sulpicio Severo, *Dialogi*, II, 14, 1). Sulpicio Severo atribuyó a Martín de Tours la creencia de que la reaparición de Nerón en la mitad occidental del Imperio romano traería consigo la subordinación de diez soberanos residentes en el amplio territorio que comprendería las provincias de Hispania, Galia, Britania, Italia y parte del norte de África. Por su parte, Comodiano manifestó que sería el Anticristo “enviado para los judíos” (y no Nerón) el responsable de subyugar no a diez sino a tres monarcas (Comodiano, *Carmen apologeticum*, 871; 910-926). Lactancio y Victorino de Petovio atribuirían al Anticristo propiamente dicho la sumisión de los diez reyes y no a un precursor o predecesor de éste último encarnado en la figura de un Nerón “revivido” o “retornado” (Lactancio, *Divinarum Institutionum*, VII, 15, 19-16, 3; Victorino de Petovio, *Commentarius in Apocalypsin*, XIII/XVII, 2). No obstante, la doctrina escatológica sobre la futura caída y fragmentación del Imperio romano en varios reinos independientes, como acontecimiento previo a la aparición y reinado del Anticristo, se remontaría (tal y como se ha podido explicar al inicio de la presente investigación) a autores de la talla de Ireneo de Lyon e Hipólito de Roma, sin descuidar a Tertuliano de Cartago quien, al tratar sobre la caída del Imperio y por la que argumentó que los cristianos, a pesar de las persecuciones,

se dedicaban a orar para que semejante acontecimiento no llegara a producirse, tendría lugar el fin del mundo y, por consiguiente, el advenimiento del Anticristo (Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, V, 25, 3; Hipólito de Roma, *De antichristo* 25-27; Tertuliano de Cartago, *Apologeticum*, 32, 1; *Scorpiace* 2, *De resurrectione carnis*, 24).

3. La imposición, por parte de Nerón y del Anticristo, de la idolatría y de la circuncisión (Sulpicio Severo, *Dialogi*, II, 14, 1. 3). Comodiano atribuyó la primera de las medidas a Nerón (como “Anticristo” enviado a los cristianos) (Comodiano, *Carmen apologeticum*, 867-868). La segunda fue asignada por Victorino de Petovio a su particular Anticristo el cual, como ya se ha explicado, albergaría en su interior el espíritu del considerado por la tradición patristica como el primer emperador perseguidor de los cristianos, aunque presentase una apariencia física y una identidad completamente distintas a las del último representante de la dinastía Julio-Claudia (Victorino de Petovio, *Comentario al Apocalipsis*, XIII/XVII, 3). Como ya se apuntó en un estudio anterior, cabría la posibilidad de que la persecución “escatológica” o “apocalíptica” emprendida por el reaparecido emperador Nerón no podría vincularse, de ninguna manera, con la represión histórica, sino que, por el contrario, la concepción ideológica de la misma habría sido posible a partir de un remedo o reutilización por medio de un proceso ideológico a partir de la interpretación y la inspiración de varios pasajes procedentes no solo del *Apocalipsis* de Juan sino también de *Daniel*. El particular *Nero redivivus* de Martín de Tours, piedra angular de su “apocalipsis”, habría surgido a partir de la trascendencia histórica de un personaje denostado para el judaísmo: Antíoco IV Epifanes. Del mismo modo que el monarca helenístico, según puede leerse en los dos libros de los *Macabeos*, obligó a los judíos a que abjurasen de sus ancestrales creencias y abrazasen las costumbres helenísticas Nerón obligaría a los habitantes del Imperio romano de Occidente a renegar del cristianismo y a que aceptasen, por medio de una incómoda imposición, una entrega incondicional al culto de los ídolos, siendo el emperador concebido como un “*Antiochus redivivus*” (Cuesta Fernández, 2012, pp. 374-375).

4. La buena acogida entre los judíos y la reconstrucción del Templo de Jerusalén, dos acontecimientos que para Martín de Tours tendrían como principal protagonista al Anticristo y no a su particular, exclusivo y característico *Nero redivivus* (Sulpicio Severo, *Dialogi*, II, 14, 2-3). Con respecto a la primera de las dos ideas, el Anticristo concebido ideológicamente como el perfecto e idóneo “Cristo” y/o Mesías para los judíos es un concepto localizable e igualmente sostenido tanto por Comodiano como por Victorino de Petovio. Con respecto al primero de los autores cristianos analizados en la presente comunicación, tanto en su *Carmen apologeticum* como en sus *Instruktionen* manifestó su convencimiento de que el Anticristo se presentaría públicamente ante los judíos y en Jerusalén (Comodiano, *Carmen apologeticum*, 927-933; *Instruktionen*, I, 41, 13-19). En lo concerniente al primer exegeta latino en comentar el último libro del Nuevo Testamento, argumentó también un vínculo similar (Victorino de Petovio, *Commentarius in Apocalypsin*, XIII/XVII, 3-4). Sin embargo, ninguno de los dos apuntó que el adversario

escatológico, temido y a la vez esperado con resignación por los cristianos, fuese el artífice en la reconstrucción del Templo, un concepto presentado por Hipólito de Roma.

5. Por último, la muerte de Nerón a manos del Anticristo procedente de Oriente. Una creencia compartida tanto por Comodiano como por Martín de Tours (y, por consiguiente, sostenida también por Sulpicio Severo) (Comodiano, *Carmen apologeticum*, 910-912; Sulpicio Severo, *Dialogi*, II, 14, 4). Versiones semejantes del acontecimiento en sí se hallan en los escritos de Lactancio y de Julio Hilariano aunque con ligeras y evidentes diferencias. El primero sostuvo que el segundo Anticristo en hacer acto de presencia mataría al primero, al que no identificó ni le puso por nombre Nerón (Lactancio, *Divinarum Institutionum*, VII, 17, 2). Por otro lado, en torno al segundo (inspirándose en el versículo segundo correspondiente al capítulo decimotercero del *Apocalipsis*) Julio defendió que el “precursor” transmitiría el poder pacíficamente al Anticristo (Julio Hilariano, *Chronologia*, XVII; Vaesen, 1988, p. 66).

BIBLIOGRAFÍA

- BALDWIN, B. (1989), Some Aspects of Commodian. Illinois Classical Studies. 14. 1/2, pp. 331-346.
- BAUCKHAM, R. (1993), *The Climax of Prophecy: Studies on the Book of Revelation*. Edinburgh: T&T Clark.
- BEALE, G.K. (1999), *The Book of Revelation: A Commentary on the Greek Text*. Grand Rapids: Eerdmans.
- BROWN, R. E. (1970), *The Epistles of John*. New York: Doubleday.
- CERRATO, J. A. (2002), *Hippolytus between East and West: the commentaries and the provenance of the corpus*. Oxford: Oxford University Press.
- CHAMPLIN, E. (2006), *Nerón*. Madrid: Turner. Fondo de Cultura Económica.
- CUESTA FERNÁNDEZ, J. (2012), El *Apocalipsis* de Martín de Tours. Nerón y el Anticristo como protagonistas del fin del mundo. En Carbo García, J.R. (Coord.), *El final de los tiempos. Perspectivas religiosas de la catástrofe en la antigüedad* (pp. 363-380), Hueva: Universidad de Huelva Publicaciones.
- (2013), La persecución neroniana y el martirio de Pedro y Pablo en los *Acta Apocrypha*. En Bravo Castañeda, G. y González Salinero, R. (Coords.), *Formas de morir y formas de matar en la Antigüedad romana* (pp. 497-508). Madrid: Signifer.
- DALEY, B.E., SJ. (1991), *The Hope of the Early Church: A Handbook of Patristic Eschatology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1999), Apocalypticism in Early Christian Theology. En McGinn, B. (ed.), *Encyclopedia of Apocalypticism*, Vol. 2: *Apocalypticism in Western History and Culture* (pp. 3-47). New York: Continuum Publishing Company.
- DUNBAR, D.G. (1983), The Delay of the Parousia in Hippolytus. *Vigiliae*

- Christianae*. 37. 4. pp. 313-327
- EASTMAN, D.L. (2013), Jealousy, Internal Strife, and the Deaths of Peter and Paul: A Reassessment of 1 Clement. *Zeitschrift für antikes Christentum*. 18 (1), pp. 34-53.
- FRENSCHKOWSKI, M. (2015), *Nero redivivus* as a Subject of Early Christian Arcane Teaching. En Labahn, M. & Lehtipuu, O. (eds.), *People under Power: Early Jewish and Christian Responses to the Roman Power Empire* (pp. 236-245). Amsterdam: Amsterdam University Press.
- FUENTES HINOJO, P. (2009), La caída de Roma: imaginación apocalíptica e ideologías de poder en la tradición cristiana antigua (siglos II al V). *Studia historica. Historia antigua*. 27, pp. 73-102.
- GAGÉ, J. (1961), Commodien et le moment millénariste du IIIe siècle 258-262 ap. J.-C. *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses*. 41, pp. 355-378.
- GENTRY, K. (1998), *Before Jerusalem Fell: Dating the Book of Revelation*. Powder Springs (Georgia): American Vision.
- (2002), *The Beast of Revelation*. Powder Springs (Georgia): American Vision.
- GONZÁLEZ SALINERO, R. (2006), *Sinagogae Iudeorum, fontes persecutionum?* Il supposto intervento degli ebrei nelle persecuzioni anticristiane durante l'Impero Romano. *Vetera Christianorum*. 43, pp. 93-104.
- GUMERLOCK, F. (2006), NERO ANTICHRIST: Patristic Evidence of the Use of Nero's name in Calculating the Number of the Beast (Rev 13: 18). *Westminster Seminary Journal*. 68, pp. 347-360.
- HILL, C. E. (1995), Antichrist from the tribe of Dan. *The Journal of Theological Studies*. 46.1, pp. 99-117.
- LAWRENCE, J.M. (1978), Nero redivivus. *Fides et Historia*. 11.1. 54-66.
- LOREIN, G.W. (2003), The Antichrist in the Fathers and their Exegetical Basis. *Sacris Erudiri*, 52, pp. 5-60.
- MAIER, H.O. (2013), Nero in Jewish and Christian Tradition from the First Century to the Reformation. En Buckley, E. & Dinter, M. (eds.), *A Companion to the Neronian Age* (pp. 385-404) Chichester: Wiley-Blackwell.
- MALIK, S. (2012), Ultimate Corruption Manifest: Nero as the Antichrist in Late Antiquity. *Acta Classica Supplementum*. IV. 169-186.
- MARTIN, J. (1913), *Studien und Beiträge zur Erklärung und Zeitbestimmung Commodians*. Leipzig: A.Pries.
- MCGINN, B. (1994), *El Anticristo. Dos milenios de fascinación humana por el mal*. Barcelona: Paidós.
- MORESCHINI, C., NORELLI, E. (2005), *Early Christian Greek and Latin Literature: A Literary History*. (trans. M.J. O'Connell). vol.1. Peabody:

Hendrickson Publishers, Inc.

- MORRIS, L. (1969), *The Revelation of St. John*. Grand Rapids: Eerdmans.
- NORELLI, E. (1999), Profezia e politica nella ricezione antica dell'Apocalisse: Ippolito e Vittorino di Petovio. *Annali dell'Istituto storico italo-germanico in Trento*. 25. pp. 315- 346.
- (2013), Da dove emerge l'Anticristo? Riesame dell'ἀντίχριστος nelle Lettere di Giovanni. En D'Anna, A. & Valeriani, E. (éd.), *L'ultimo nemico di Dio. Il ruolo dell'Anticristo nel cristianesimo antico e tardoantico* (pp. 15-46). Bologna: Edizioni Dehoniane.
- POINSOTTE, J.M. (1999), Un Nero redivivus chez un poète apocalyptique du IIIe siècle Commodien. En Croisille, J.-M., Martin, R. et Perrin, Y. (edd.), *Neronia V: histoire et légende* (pp. 201-213). Bruxelles: Latomus.
- POTESTÀ, G.L., RIZZI, M. (2005), *L'Anticristo. Il nemico dei tempi finali*. Vol. 1, Milano: Arnoldo Mondadori Editore.
- SORDI, M. (1962-1963), Dionigi d'Alessandria, Commodiano ed alcuni problema della storia del III sec. *Rendiconti della Pontificia Accademia Archeologica*. 35. pp. 123-146.
- TONSTAD, S. (2008), Appraising the Myth of Nero redivivus in the Interpretation of Revelation. *Andrews University Seminary Studies*. 46. 175-199.
- VAESEN, J. (1988), Sulpice Sévère et la fin des temps. En Verbeke, W., Verhelst, D. & Welkenhuysen, A. (eds.), *The Use and Abuse of Eschatology in the Middle Ages* (pp. 49-70) Leuven: Leuven University Press.
- VAN ANDEL, G.K. (1976), *The Christian Concept of History in the Chronicle of Sulpicius Severus*. Amsterdam: Gieben.

Con el propósito de servir de punto de encuentro e intercambio de conocimientos, se desarrolló en Murcia el tercer Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Mundo Antiguo (CIJIMA). Organizado por el CEPOAT de la Universidad de Murcia tuvo lugar del 7 al 8 de abril de 2016. Durante cuatro productivas sesiones se presentaron trabajos relacionados con la historia, la arqueología, el arte, la didáctica de la historia, la filología clásica, la epigrafía, el derecho o la antropología. Esta publicación recoge las comunicaciones a dicho evento.

UNIVERSIDAD DE
MURCIA



cepoAt

UNIVERSIDAD DE MURCIA
centro de estudios del
próximo oriente y la
antigüedad tardía



FUNDACIÓN CAJAMURCIA

ISBN: 978-84-931372-5-0



9 788493 137250